



Se publica todos los sábados • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 • Madrid

TOMO XXXVII

MADRID, 3 DE MARZO DE 1962

NUM. 114

Depósito legal: M. 1.052.—1958



CUENTOS DE REBOTICA

SANTIAGO LOREN

LA ABUELA RAIMUNDA

Cuando la luna ahuyentadora de nubes y estrellas se decidió a bañar con su luz el caserío de Bardavil, jugando por las esquinas a sombras y claridades, presidió sobre la plaza un espectáculo inusitado. Eran las doce ya caídas, si se ha de dar fe a la palabra de Blas, el sereno, que acababa de cantarlas, y por la esquina de la Abadía alcanzó la plaza un séquito murmurador y apresurado con extraño aparejo. Sobre un cañizo crujiente un colchón, y encima del colchón una vieja arrugada y acurrucada bajo mantas, para defenderse del duro relente de enero. Dos hombres fornidos llevaban la camilla improvisada y alrededor de la vieja y su transporte, una cohorte de hombres y mujeres —siete en total— imprecaando, aconsejando, maldiciendo, mientras una de las mujeres, muda y decidida, marcaba el paso y el camino, llevando un farol de carro en la mano derecha.

—Madre, que se va a enfriar. Madre, que en una de éstas se muere.

La agorera acompañaba sus palabras con la acción de echar más ropas —un chal, unas faldas negras— sobre la vieja, el colchón y el cañizo.

—Otro sofocón como éste no se lo aguento—decía un hombre en-

tre horrosos tacos—. Si malpares esta vez por culpa de la vieja...

—Que es tu madre, Lino—recordaba la mujer que iba a su lado.

—¿Lleva las melecinas debajo de las mantas?—preguntaba a la vieja otra mujer, solícita, que se agarraba para seguir la marcha al borde derecho del cañizo.

La vieja debió hacer alguna señal afirmativa que solo vio la mujer, porque esta concluyó:

—No las pierda, madre.

—Esta noche está helando—dijo cachazudamente otro hombre, al parecer más preocupado por la meteorología que por el entorno humano. Pero luego miró aprensivamente la cara pálida y fosca de la yacente, como si en ella viera primero los efectos de la helada nocturna.

—Ay, abuela, ¿cuándo le va a entrar la formalidá?—dijo después con pena y sin acrimonia.

Pero nada interrumpía el paso vivo de los porteadores, que cruzaban la plaza camino de la calle Mayor. Uno de ellos tropezó en un canto al ganar la sombra de las casas y una dura palabra vino desde la oscuridad. Poco a poco ésta se fue tragando todo el cortejo. Doblando la esquina de la calle se oía todavía a la mujer plañidera:

—Madre, tápese bien. No se mueva, madre, que ya llegamos.

Luego la luna atónita quedó dueña de la plaza desierta y silenciosa, donde solo un levisimo rastro de polvo denunciaba el paso casi fantasmal de la extraña comitiva.

Pero a la luz del sol todo pareció menos fantasmal, aunque igualmente absurdo. Todo el mundo comentaba el nuevo traslado de la abuela Raimunda, y en la rebotica don Ventura decía:

—Ahora, antes de salir a hacer la visita, tengo que preguntarle a la criada si se ha enterado del paradero de la abuela Raimunda. Ya en dos ocasiones me ha ocurrido el no encontrarla donde la dejé el día anterior.

—Van a matar a la pobre vieja—pronosticó el indiano.

—Tengo entendido que es ella la que tiene la culpa—opinó el boticario—. Es de genio irascible y se enfada cada día con el hijo o la hija que tiene más cerca. Y cuando se enfada exige inmediatamente que la saquen de aquella casa.

—Sí, pero siempre encuentra junto a su cabecera a otro hijo o a otra hija dispuestos a llevársela. Parece a San Roque cambiando siempre de mayordomo y de casa. A San Roque siempre de fiesta.

Anasterona

Anabólico
proteínico



Estas palabras que el cura quería impregnar de humor, sin conseguirlo, porque mosén Piqueta tenía escasas aptitudes de humorista, hicieron afirmar con la cabeza a don Ventura, que añadió:

—Todo se reduce al cochino interés, es cierto. La vieja, con su parálisis reumática y todo, tiene las llaves de las perras y de las propiedades y cada hijo aspira a ser el que recoja su último suspiro y su última voluntad.

El indiano lanzó una breve risita.

—¡Pucha, qué diversión! Me recuerda al juego de prendas se en el que se pasa de uno a otro una cerilla encendida: «Encendida te la doy si apagada me la das...»

—Y aquí, al que se le apague en la mano gana—terminó don Ventura.

La metáfora compuesta al alimón por Pancho Garbanzos y el médico pareció despertar de pronto la eterna sed de justicia que, siempre a punto de manifestarse, padecía mosén Piqueta:

—Esto lo acabo yo en un santiamén. Me voy cansando de procesiones nocturnas, de viejas inaguantables y de hijos intrigantes. Aquí hay de todo menos caridad y me van a oír.

—Como quien oye llover, pater, créame—dijo el médico—. Yo les he reconvenido muchas veces, incluso les he amenazado con no visitarla más y denunciarlos por criminales si en uno de esos traspasos se muere la abuela. Pero es inútil: cualquier tontería, si el caldo está frío o la nuera no tiene buena cara, es aprovechada por el retoño que aspira a favorito, se arma la gresca y se requiere inmediatamente el cañizo con el colchón encima.

El cura entonces dio a su sonrisa y a sus palabras toda la intención maquiavélica que le fue posible, mientras decía:

—Bueno. A lo mejor yo tengo sistemas mejores que los suyos. Por lo pronto, hoy me ha mandado llamar la propia abuela Raimunda para que la confiese.

El médico, picajoso siempre con el que le disputara su papel de árbitro supremo del pueblo, acentuó su cara de póker y concluyó:

—Es posible; le deseo suerte. Y ya me comunicará dónde demonios tengo que ver a la enferma cada día.

* * *

A la tarde siguiente, mosén Piqueta entró triunfalmente en la botica:

—Ya tiene a su enferma anciana de verdad—dijo a don Ventura—. En este momento se dirige a su lecho definitivo. ¿Quieren verlo?

Mosén Carlos se dirigió hacia la puerta de la botica y tras él se lanzaron el boticario, don Pancho y el médico. Desde allí vieron, esta vez a la luz del día, surcar de nuevo el polvo de la plaza el cañizo, el colchón y la abuela Raimunda encima. Los porteadores eran ahora Miguelón y un mozallón de la doctrina que dicen que iba para seminarista. El cortejo de los hijos y las hijas no rodeaba ahora al cañizo, con sus solicitudes y sus improperios, sino que se apelotonaba detrás. Iban hoscos y murmuradores, como unidos ante una amenaza común.

—Pero, ¿a dónde la llevan?—preguntó don Ventura entre asombrado e indignado.

—A la Rectoral—dijo el cura sencillamente—. O mejor dicho, a

las habitaciones de atrás, del antiguo convento.

El médico concedió algo así como un gesto de admiración al cura.

—Buena jugada, pater. ¿Cómo la convenció?

—Fue sencillo. Le dije que lo que necesitaba era vivir independiente, le ofrecí arreglarle una de las antiguas celdas y le he buscado una mujer para que la cuide. Los hijos que vayan a verla cuando quieran, pero que no vengán con chismes e intrigas. Verá como ahora la abuela Raimunda se vuelve más tratable. Y usted podrá atenderla mejor.

—Eso espero. Vaya, señores, hasta luego.

La brusca marcha del médico llenó de regocijo al cura:

—¿Se dan cuenta de lo mal que le ha caído? Quiere tener el monopolio de las buenas ideas.

Don Saulo y el indiano se miraron con una expresión perpleja. Don Pancho dijo:

—A usted, ¿qué le parece, Saulo, hermano?

—¿Qué quiere que le diga? Hay algo en todo esto que dará que hablar.

Pero mosén Piqueta ya no les oía. Atravesaba en este momento la plaza como un vendaval, o más bien como una tierna, pero rápida brisa, hacia la Rectoral, en cuyas habitaciones de atrás tenía desde ahora alguien a quien cuidar por el bien de la justicia y la caridad, para ejemplo del pueblo.

Los días sucesivos a aquel espectacular traslado de la abuela Raimunda no fueron los más felices de la vida del cura de Bardavil. Miguelón fue el primero que le puso en guardia acerca de un estado de opinión que se propagaba en el pueblo. Tenía por fundamento una vieja idea arraigada en las mentes ibéricas más contumaces: la afición de la Iglesia y sus ministros a las herencias de viejas raras. En esto andaban, naturalmente, las manos y las lenguas de los hijos de abuela Raimunda, pero nada podía hacerse contra el niño que gritaba desde una esquina: «¡Chupasangres!», y salía corriendo, no mostrando más que una culera remendada e inidentificable. O contra las vagas admoniciones de Evaristo, el alcalde, cuando dando vueltas a la boina hablaba, sin decir nada, acerca del que dirán y el que están diciendo, y el «ya ve usted, señor cura, que la gente es mu mala». O contra los cuchicheos a la cabecera de la vieja, que se interrumpían de pron-

CUANDO LA INTRANQUILIDAD
O DEPRESION DEL ENFERMO
COMPLICAN EL CUADRO CLINICO

TRUXIL®

Primer psicofármaco de amplio espectro
del grupo de los tioxantenos

GRAGEAS
SUPOSITORIOS
VIAL

to cuando Miguelón o mosén Piqueta entraban a verla.

La abuela Raimunda estaba contenta y hasta parecía que mejoraba de aspecto. Esto consolaba a mosén Carlos de tanta innoble suposición y de tantas habladurías, pero le resultaba imposible hacerle hablar claro cuando la abuela Raimunda, al darle las buenas noches, le decía con su voz cascada y chillona:

—Usté y yo ya nos entendemos, mosén Carlos. No les haga caso. Que hablen, que hablen.

Luego se volvía de espaldas haciéndose la dormida para evitar que el cura le acuciase con sus preguntas. Pero un minuto más tarde, cuando le parecía que mosén Piqueta se había marchado, metía la mano debajo de la almohada y la aferraba a una bolsa de paño negra que nunca abandonaba y cuyo misterioso contenido nadie conocía.

En la rebotica, mosén Carlos se desfogaba y buscaba ayuda y comprensión:

—Hoy han pintado con tiza en las paredes de la Rectoral un letrero: «¿Cuándo se muere la vieja?» Tengo a Miguelón apostado en el atrio de la iglesia para pescar al sinvergüenza. Le voy a romper en la cabeza una lanza de soldado romano.

—Es un método propio de la época. De la época de la lanza, claro—opinaba don Ventura.

—¿Y qué quiere que haga con semejantes bestias? El domingo les dije cosas bien gordas desde el púlpito, ya lo sabe usted. Cuando les hablaba de que solo los que tienen al diablo en el corazón y en la cabeza pueden pensar como pensaría el diablo, creí que me entendían; así se quedaron de callados y de atentos. Pero a la salida, Miguelón me contó que unos cuantos cernicalos cantaban en la plaza esa odiosa copla.

—¡Ah! ¿Pero también han hecho una copla?—preguntó don Pancho—. ¡Pucha! No cabe duda que mi pueblo tiene alma de poeta. ¿Cómo es, cómo es?

El cura no atendió la petición de don Pancho, pero el médico, carraspeando un poco, cantó con voz ridículamente infantil:

*Si una vieja con dinero
se mete en casa del cura,
al chibiri, chibiri, chibiri,
al chibiri, chibiri, chón,
todos saben que al morirse
tiene la gloria segura.
Al chibiri, chibiri, chibiri...*

El médico no acabó el estribillo ante una seña de don Saulo. En realidad, ni el médico ni los

demás acusaban el menor regocijo y más bien su seriedad y su solicitud para la tristeza de mosén Carlos denunciaba que se hacían solidarios con sus preocupaciones y que estaban dispuestos a defenderle si fuera necesario. El sentir general lo resumió don Pancho diciendo:

—Me parece que ya es hora de que hagamos algo. Podíamos interesar a la Guardia Civil con ayuda de Evaristo y meter en la cárcel a veinte o treinta...

—Eso aumentaría el escándalo—manifestó don Ventura—. Lo tintero!—se indignó mosén Piquegrave de lo que parece. Me he enterado de que Carpetá, el escribano, está tramando una queja al obispo.

—¡Ese Satanás con corazón de tintero!—se indignó mosén Piqueta—. Me alegro, me alegro que lo haga. En cuanto me llame el obispo le pediré otra parroquia y dejaré a todos que se cuezan en su caldo.

—No va a hacer falta, pater, ya verá. He tenido una idea.

Todos los contertulios, incluyendo al cura, quedaron expectantes escuchando al médico. Sabían positivamente que don Ventura conocía mejor que nadie a sus convecinos y la manera de buscarles la vuelta. Mosén Piqueta, con su silencio humilde, acató tácticamente la protección del que parecía poseer el monopolio de las buenas ideas.

—He hablado con Evaristo—siguió don Ventura—y le he recordado que hay una orden ministerial ordenando habilitar una edificación en el pueblo para hospitalillo municipal. Es una orden antigua, dictada para favorecer a los acogidos a la Beneficencia, a la vez que para atender a los casos de accidente, pero no se cum-

ple casi nunca. Yo la voy a hacer cumplir aquí.

—¿A dónde vas a parar, Venturita, hijo?—preguntó don Pancho.

—Bueno, es que he pensado que el único sitio útil para hospital son las dependencias traseras de la Rectoral, lo que era antiguo convento. Al parecer son de propiedad municipal, aunque las usufructe la Iglesia aquí presente—terminó, señalando al cura.

—¿Y qué quiere conseguir con eso?—preguntó mosén Piqueta.

—Un efecto psicológico, pater, un simple efecto psicológico. Evaristo ha mandado pintar un gran letrero: «Hospital Municipal». Lo colocaremos en la puerta que da a la cuesta de la Abadía y usted cerrará toda comunicación de la Rectoral con el flamante hospital de Bardavil. La abuela Raimunda, de ese modo, sin moverse de su cama, pasará a ser la primera ingresada en el hospital, saliendo así de la Rectoral.

—Venturita, hijo—opinó don Pancho—, si tuviera yo tu talento me marearía.

El cura había quedado silencioso. Don Ventura le miraba y por fin requirió su atención:

—¿Qué me dice, pater? ¿No le parece bien?

—¿Que qué le digo? Voy a cerrar con ladrillo tocho todas las puertas de la Rectoral que dan a la parte de atrás.

—No exagere, pater, no exagere. Podemos necesitarlo algún día para dar sus auxilios a algún moribundo.

La audaz maniobra del médico no pudo ser vetada por Carpetá, el escribano, porque tenía todo el fundamento legal necesario, y, como ocurría siempre en Bardavil con las determinaciones de don Ventura, se puso en marcha



ECOMITRIN- HIDROCORTISONA

Crema antibiótica



**ANFOMICINA Y NEOMICINA CON
HIDROCORTISONA PARA APLICACION LOCAL**

el proyecto con mucha mayor rapidez y eficiencia que si fuera un acuerdo municipal. Se pintó y adentó la entrada de la cuesta de la Abadía, se llamó a una soltera beata que iba para monja, pero se quedó en el camino, para administrar el hospitalillo, y tres días más tarde, a la hora del crepúsculo, mientras Miguelón tocaba al Rosario y volvían las cabras a los apriscos, el alguacil para todo dejaba bien clavado y asegurado el letrero que rezaba HOSPITAL MUNICIPAL en su lugar correspondiente. A partir de este momento, los acontecimientos se sucedieron en cadena: uno de los hijos de la abuela Raimunda deletreó el título y se metió como un rayo en el interior del antiguo convento. Inmediatamente todos los familiares de la abuela Raimunda, que rodeaban su cabecera, salieron a la puerta y uno a uno leyeron y comentaron con curiosos aspavientos el consabido letrerito. Una vez bien leído y glosado volvieron a penetrar en tromba en el flamante hospital y muy pocos minutos después la abuela Raimunda, llevada en andas por el sistema de la silleta de la reina, era sacada a la puerta y le fue mostrado el frontispicio que amparaba su magna humanidad. En este momento los comentarios de la inquieta familia fueron perfectamente audibles para todos:

—¡Mi madre en un hospital!— decía una mujer con santa indignación.

—¡Probes somos, pero tenemos vergüenza!— manifestaba un hombrachón con gesto dramático.

—¿Qué va a'ecir la gente, Dios

mío, qué va a'ecir?—interrogaba otra mujeruca al claro cielo de enero, sin esperar contestación.

Y así como un coro de tragedia de Sófoeles, moviéndose y hablando al unísono, la familia de la abuela Raimunda volvieron a meter a la vieja en el oscuro interior, mientras unos pocos curiosos esperaban a la puerta el final de aquel drama. Entre los curiosos, pero un poco apartados, estaban don Ventura y el indiano.

—¿Pero qué les pasa, pucha, a esta gente?

—Lo vas a ver, Panchito, lo vas a ver. Me conozco mis clásicos.

Muy poco tiempo después traspuso la puerta del nuevo hospital, camino a la plaza, una comitiva muy conocida en Bardavil: el cañizo, los porteadores, el colchón y encima la vieja, envuelta en mantas y acurrucada.

—¿Lleva las melecinas, madre? Tápese, madre, que hace mal lento.

La solícita hija o nuera, porque en el crepúsculo ya cerrado no se distinguían bien las caras de aquellas mujerucas, por lo demás tan parecidas, arrojaba faldas y chaes encima de las mantas, como si quisiera sepultar del todo a la abuela Raimunda. Don Pancho comentó:

—Venturita, hijo, esta vez no te ha salido muy bien la cosa.

—¿Tú crees? Escucha, Pancho: no está bien que la iguala más alta que tengo me la pise el hospital. No está permitido cobrar a los acogidos en los servicios sanitarios municipales. Y ahora sí que tengo un arma para meter en vereda a esta familia trashumante.